

Constantino el grande, fué proclamado Augusto en París por el ejército de las Galias, al tener noticia de que Constancio le volvía á llamar al Oriente baxo el pretexto de emplearle contra los persas, pero en realidad para hacerle perecer. Por marchar contra Juliano abandonó Constancio su expedicion de Persia, la que la retirada del enemigo hacia ménos urgente; pero fué detenido en Cilicia al pie del monte Tauro, en donde acabó sus dias. Este príncipe tuvo pocos vicios y muchos defectos: el mayor de todos fué su gusto por las disputas teológicas. El deseo que tuvo de dominar sobre la fe, de ser el árbitro absoluto de los concilios, y de juzgar por sí solo de las fórmulas doctrinales que se debían admitir ó desechar, introduxo los disturbios y la confusión en la Iglesia. Los arrianos que lisonjearon su inclinacion afectando deferir á sus luces y someter la enseñanza á sus caprichos, hicieron de él, sin que lo percibiese, el instrumento de sus pasiones: baxeza vil para un soberano. En quanto á lo demas, fué gran guerrero como su padre, mantuvo el esplendor del imperio con su valor y actividad; sus empresas militares fueron bien conducidas y siempre felices; en fin hubiera sido digno de mandar el mundo, si se hubiese ocupado ménos en materias que no eran de su jurisdiccion, y si hubiese dado ménos crédito á los eunucos y á los lisonjeros de que estaba rodeado.

ARTICULO VI.

Estado de la Iglesia baxo los reynados de Juliano y de Joviano.

Tenia Juliano treinta años quando por muerte de Constancio quedó único y pacífico poseedor del imperio. Su educacion habia sido christiana, y se habia formado su juventud en las ciencias por los mejores maestros que habia entónces. Un entendimiento vivo y penetrante, la aplicacion al estudio y una insaciable curiosidad, que le impelia á querer conocerlo y profundizarlo todo, y que tal vez fué en lo sucesivo el principio de sus extravíos, le hicieron recorrer luego todos los objetos en que se ocupaba á los jóvenes de su clase y edad. Su natural propension le arrastraba hácia la filosofía, que en aquel tiempo estaba unida á la religion de los genios, ó mágica teúrgica, de la qual ha-

cian su principal estudio los hombres mas distinguidos por su saber. Juliano se entregó enteramente á ellas, profundizó sus misterios, adoptó sus prácticas, sobre todo despues de haber abjurado públicamente el christianismo. Ya habia declarado su inclinacion á la idolatría ántes de haber tomado la púrpura, pero su mudanza no se manifestó de un modo que hiciese temer la renovacion de las persecuciones, hasta despues de haber llegado á la dignidad suprema. Entónces hizo ver todo el odio que habia concebido á la religion de Jesu-christo, y todo el ardor de su zelo por el culto de los falsos dioses. El restablecimiento del paganismo y la total extincion del nombre christiano eran los dos objetos con los quales se proponia ilustrar su reynado. Empleó su autoridad, sus tesoros y su talento; y para que le ayudasen en la execucion de un designio en que ponía su gloria, llamó cerca de sí á todos los filósofos que juzgó mas capaces de coadyuvarle; de cuyo número fueron Libanio, Máximo de Tiro y Oribazes, que gozaban de la mas alta reputacion, con otros muchos de nombre ménos célebre. Concertó con ellos el plan de conducta que queria tener, y el sistema de religion filosófica que convenia substituir á la grosera idolatría del pueblo. Se revistió inmediatamente del soberano pontificado, que desde César habia estado unido siempre á la dignidad imperial, aunque los emperadores christianos habian dexado de tomar ese título. Hizo volver á abrir y reparar los templos, restableció los sacrificios, las fiestas y las ceremonias paganas, descendió hasta la menor menudencia de todo lo concerniente al servicio de los ídolos; y en medio de los muchos cuidados que trae consigo el gobierno del mundo, halló momentos para señalar á los pontífices las reglas de conducta que debían seguir, y para hacerles exhortaciones llenas de una eloquencia digna de mejor causa.

Juliano, aunque abria los templos y restituía al culto pagano su antiguo lustre, no encendió de nuevo el fuego de la persecucion, como se habia temido; porque conocia muy bien el espíritu que anima á los verdaderos christianos, y la experiencia de tres siglos habia enseñado al universo que el medio de hacer fecundo el campo de la Iglesia, era regarle, como se habia hecho, con la sangre de sus hijos. Pero inventó un género de ataque mas peligroso, porque era mas oculto; y fué restituir la libertad á todas

las sectas, quitar á la Iglesia todos sus privilegios, y todos los donativos que habia recibido de la piedad de Constantino y de sus hijos, excluir á los christianos de todos los empleos honoríficos, prohibirles el estudio de las ciencias, y fomentar las divisiones que las querellas teológicas habian producido entre ellos, á fin de destruir á los unos con los otros.

Encaprichado Juliano con su proyecto, y no dudando del suceso, pasó todavía mas adelante; y con el pensamiento tan loco como impio de desmentir á Jesu-christo, y convencer de falsos á sus oráculos, emprendió hacer reedificar el templo de Jerusalem. Convidó á los judíos esparcidos por todas partes en el imperio, para que fuesen á tomar parte en una obra que interesaba á la gloria de su nacion y de su culto; y acudieron de todas las provincias romanas y de los demas países en que se habian dispersado. Se comenzó escavando los antiguos fundamentos y arrancando las piedras de ellos, para construirlos mas profundos y mas sólidos, que fuesen capaces de sostener un edificio, cuya magnificencia y grandeza se queria que hiciese olvidar el templo de Salomon. Pero este trabajo acabó de cumplir y de verificar en toda su extension la profecía que se pretendia destruir. No quedó piedra sobre piedra, como Jesu-christo habia predicho; y levantandose globos de fuego de los cimientos demolidos, alejaron á los obreros, de los cuales aun muchos perecieron abrasados de este fuego vengador. Así lo testifica Amiano Marcelino, historiador de Juliano, su admirador, pagano como él, y testigo ocular de lo que se refiere.

Este milagroso acontecimiento que daba á los divinos oráculos del Salvador una certidumbre y autenticidad que no se podia obscurecer, no desengañó á Juliano del ciego designio que habia formado. Como era sábio y satírico, empleó la erudicion y los escarnios contra la religion á que habia concebido tanto odio, y contra los que la profesaban. Pero semejantes armas que ineficaces ántes de él habian procurado poca gloria á los que se habian servido de ellas, no fueron mas felices en sus manos. Sus frias burlas probaban la debilidad de su causa y el embarazo que tenia para hallar razones; y así su erudicion se convirtió toda en ventaja de aquellos á quienes combatia; pues no le impidió de confesar la verdad de los milagros atribuidos á Jesu-christo.

No nos quedan mas que algunos fragmentos poco considerables de los siete libros que habia escrito contra la religion christiana, conservados en la excelente refutacion que de los tres primeros ha hecho san Cirilo de Alexandria. Se puede conjeturar que si esta obra hubiese tenido pruebas y razonamientos fuertes, nada hubieran omitido los filósofos y los incrédulos (en todos tiempos los hubo) para preservarla de las injurias del tiempo; y por eso su pérdida es un testimonio de su debilidad.

Aunque afectaba Juliano dulzura y clemencia, no dexó de permitir que se atormentase á los christianos. Habia confiado las magistraturas y el mando á unos hombres que participaban de su odio contra ellos, y lejos de reprimir sus violencias, se sabia que todo lo que se encaminaba á destruir una religion cuya pérdida habia jurado, era el medio seguro de agradaarle; por lo que vemos que sin edictos y sin proscripciones, hubo un gran número de mártires baxo su reinado. Para que no se perdonase á la sangre christiana, bastaba abandonar el pueblo á su natural impetuosidad, y dexar obrar su furor. Apenas hubo ciudad en el imperio, adonde no llegasen baxo diferentes pretextos estas conmociones populares siempre toleradas y muchas veces movidas por los magistrados, en las cuales se inmolaban porcion de christianos de todas edades y condiciones. Las fiestas paganas eran las ocasiones mas frecuentes de estas sangrientas escenas; las que se miraban como efectos de zelo, y se alababan como testimonios de piedad para con los dioses. Para el gusto de Juliano y de sus ministros se podian celebrar mejor los misterios de la idolatría que con semejantes sacrificios.

En medio de estas diferentes pruebas, el arrianismo que no era ya sostenido por la autoridad, veia disminuirse cada dia el número de sus partidarios. La libertad de conciencia concedida por Juliano á todas las sectas para debilitar la Iglesia dividiéndola, habia producido un efecto enteramente contrario á su intencion; porque chocándose y ostigándose sin cesar unas á otras tropas de hereges, la mayor parte de ellas sin jefe y sin regla, se estrechaba cada una en un espacio mas pequeño, y daban medios de extenderse á la sociedad católica, que en sí misma llevaba el principio de su fuerza y de su actividad. Restituídos á sus sillas los obispos católicos, se ocuparon infatigablemente en reparar las brechas que habia hecho á la Iglesia el error. Su condescendencia

para con aquellos que habian sido víctimas del enredo y de la violencia, ó engañados por el artificio, les captaba los corazones; y el paralelo que esta conducta daba lugar á hacer entre el espíritu de la Iglesia, que es todo dulzura y caridad, con el carácter arrebatado, sedicioso y cruel de la heregía, hacia impresion á los ménos perspicaces, y volvía á traer en tropel á los que el falso zelo y la seduccion habia descarriado.

Semejantes reconciliaciones de mucho consuelo para la Iglesia, eran en tanto número, que los católicos entraban muchas veces en posesion de algunas de las iglesias de que se habian apoderado los arrianos, y á la muerte de Juliano dominaba incontestablemente la fe de Nicea en todo el imperio.

Sucedió esta muerte quando estaba próximo á añadir nuevos laureles á aquellos con que habia sido coronado, quando mandaba en las Galias; porque no se le pueden negar el talento y el valor que constituyen á un gran capitán. Se habia abanzado contra los persas con un ejército poderoso, y la toma de muchas ciudades fuertes y bien defendidas era el agüero mas favorable para esta expedicion, para la qual se habia preparado con innumerables sacrificios y con el juramento de exterminar el nombre christiano si volvía vencedor. Empeñado temerariamente por consejos pérfidos en unas vastas campiñas, que el enemigo habia arrasado, y en que no se hallaban ni víveres, ni forrages, fué atacado de repente por Sapor II, rey de Persia. El ejército Romano hizo una defensa vigorosa, y puso al enemigo en fuga; con lo que parecia asegurada la victoria, quando Juliano, que se habia olvidado de su coraza, fué herido con un dardo, que le traspasó el costado, y le penetró hasta el hígado; de cuya herida murió á la edad de treinta y dos años, sin remordimiento de su apostasia y sin sentir el dexar tan jóven la vida y el poder supremo que solo habia tenido dos años y medio.

No hay príncipe á quien mas veces se haya intentado retratar que á Juliano, ni á quien se haya representado baxo colores mas falsos. El escándalo de su apostasia, su insensato proyecto de aniquilar el christianismo el qual no podia dexar de reconocer por divino, y todos los medios que esta idea le hizo imaginar propios para verificarla, han dado motivo á que algunos le mirasen como á un traidor, un pérfido, un enemigo de Dios y de los hombres: otros, tal vez

por lo mismo, no han visto en él sino un ingenio sublime, un príncipe superior al trono, un bienhechor de la humanidad. La historia, como destituida de pasion, es la que debe pintarle conforme á sus verdaderas acciones. Ella nos dice que fué recomendable por su paciencia en los trabajos, por su aplicacion á los negocios, por su amor á la justicia, su desinterés, su clemencia por haberse alejado de todo fausto y deleyte; pero al mismo tiempo confiesa que tuvo mas bien algunos rasgos de grande que una verdadera grandeza; que si mantuvo la dignidad del imperio con la gloria de las armas, degradó la magestad del trono con modales y un modo de vivir, que si bien en un particular no hubieran sido mas que extravagantes; eran en un soberano despreciables: que fué ménos bravo que temerario, ménos enemigo del luxo por modestia que por vanidad, ménos filósofo que singular, y en fin que tuvo todos los defectos y todas las ridiculeces que pueden envilecer y desnaturalizar las virtudes.

Parece que Dios no ha permitido la apostasia de este príncipe y sus empresas contra el christianismo, sino para prevenir una objecion de la incredulidad. Si todos los sucesores de Constantino hubiesen imitado su zelo por la religion y su piedad, si hubiesen trabajado como él con todo su poder en destruir la idolatría y extender el culto de los christianos, se hubieran podido atribuir los progresos de la fe á su proteccion, y la conversion del mundo al temor y á la esperanza que caminan siempre tras del poder supremo. Mas el reynado de Juliano quita para siempre este recurso á la impiedad. Allí se ve el odio mas envenenado junto á la potestad absoluta; el plan de destruccion mas diestramente concertado unido á todo lo que podia asegurar su execucion, y en el mismo al contrario se ven los talentos del espíritu con los medios de hacerlos valer, la voluntad proyectando y con el poder exerciendo, sin que la Iglesia reciba el menor golpe ni aun parezca conmovida, aunque apenas haya tenido tiempo para respirar despues de trescientos años de combates, y que esté todavía humeando la tierra en sangre de los christianos. Si despues de esto osase alguno decir que el christianismo ha debido su establecimiento y sus progresos al apoyo del poder imperial, seria preciso que fuese ó muy ignorante en la historia, ó mas enemigo de la verdad que de la religion.

El reynado de Joviano, á quien el ejército dió por gefe

al imperio desde que Juliano perdió la vida, fué demasiado corto para que sus puras intenciones, las buenas qualidades que se vieron resplandecer en él al instante que fué elevado á la dignidad suprema, y su amor á la verdad, tuviesen tiempo para producir los felices efectos que habia motivo para esperar de él. A su exáltacion al trono hizo dos cosas que anunciaban un sincero afecto á la religion, y una sabia deferencia á las luces de aquellos á quienes Jesu-christo habia encargado la enseñanza de la fe. No aceptó la púrpura hasta que recibió de todos los soldados el juramento de hacerse christianos, y rogó á san Atanasio le formase un escrito propio para fixar su creencia sobre los puntos contestados por los arrianos, y para dirigir su conciencia en los asuntos de la Iglesia. Tan bellas disposiciones prometian los mas serenos dias; pero este principe apénas fué mas que mostrado á la tierra, que le lloró quando aun no habia reynado ocho meses cabales, sin pasar de la edad de treinta y tres años.

ARTICULO VII.

Estado de la Iglesia en los reynados de Valente emperador de Oriente, y de Valentiniano I. emperador de Occidente.

Se levantó contra la Iglesia una nueva tempestad, quando asociado Valente á la púrpura por Valentiniano I. su hermano, hubo tomado las riendas del imperio de Oriente que fué su parte. Al recibir este principe el bautismo de manos de Eudoxio, obispo de Constantinopla, y Arriano fogoso, juró perseguir con fuerza á los defensores de la consubstancialidad; cuyo horrible juramento guardó con demasiada fidelidad; no siendo los rigores de Constancio contra los adictos á la fe de Nicea mas que pequeñas pruebas en comparacion de los excesos á que se arrojó Valente. No habian dado órdenes mas crueles los antiguos perseguidores del christianismo, ni su furor se habia desenfrenado con mas arrebatamiento contra los adoradores de Jesu-christo. Las iglesias de Constantinopla, de Egipto y de Siria vieron renacer los tiempos borrascosos que habian dado tantos mártires á la Iglesia; no contentándose con enviar á destierro (como baxo el gobierno de Constancio) á los obispos, á los sacerdotes, y á los demas miembros del clero que perma-

necian firmes en la fe, sino oprimiéndolos con malos tratamientos, condenándolos á las minas, entregándolos á los ultrajes de los paganos, y haciéndolos perecer sumergidos en la mar y en los rios. Los gobernadores á quienes encargaba Valente la execucion de sus órdenes, muchas veces paganos, juntaban á la obediencia de que hacian mérito, una barbarie y unos excesos de crueldad que el odio al christianismo les inspiraba. Así se vió mas de una vez en Alexandria, en Antioquia, y en otras muchas ciudades del Oriente, y hasta en las soledades de Egipto adonde se iba á buscar los piadosos anacoretas para atormentarlos.

San Atanasio, obligado al principio á huir por excusar á su pueblo los males con que se le amenazaba, restituido despues á su silla de Alexandria, continuaba ilustrando la Iglesia con sus escritos, y con un zelo que los trabajos y los años no habian entibiado. Este grande hombre, el primero de su siglo por la union del mas bello talento á las mas raras virtudes, murió mientras que la religion gemia baxo los golpes que la daba un emperador que se decia christiano. A su muerte siguió en la iglesia de Alexandria y en todo el Egipto una persecucion que renovó los odiosos tiempos de Neron y de Diocleciano, habiendo sido sus instrumentos el obispo Lucio, y el prefecto Palades. Nadie estaba libre de su furor, ni los desertos podian ocultar á las víctimas que iban á buscar en medio de las arenas ardiendo, y en lo profundo de las cavernas. Si se quiere formar una idea de lo que los christianos tuvieron que sufrir de parte de los arrianos, es preciso traer á la memoria lo que las antiguas persecuciones tenian de mas bárbaro. Las mismas escenas se repitieron en Antioquia en donde Valente residia mas frecuentemente; y habiendo sido arrebatadas todas las iglesias á los defensores de la consubstancialidad despues del destierro de san Melecio su obispo, se retiraron á las montañas, á las cuevas, y á las riberas del Oronte, para celebrar en aquellos parages los santos Misterios, y vacar á los demas ejercicios de religion. Pero se les perseguia por todas partes, y quando los alcanzaban, los precipitaban de lo alto de las rocas, los quemaban en los subterráneos, ó los sumergian en los rios. En Nicomedia en donde el emperador hizo alguna mansion, al tiempo de marchar contra los bárbaros que atacaban las fronteras del imperio, se exercieron las mismas violencias;

y en fin, este enemigo de la fe y los ministros que le ayudaban, llevaron las cosas tan adelante, que los mismos paganos se horrorizaron muchas veces de su crueldad. Mas así como los medios violentos empleados en los tres primeros siglos para aniquilar el christianismo, no habian servido sino de fortificarle y extenderle mas, así el inhumano zelo de Valente por abolir el dogma de la consubstancialidad solo sirvió de triunfo á la verdad, por el testimonio brillante que le dieron los pastores, los solitarios y los fieles de todos estados.

En medio de los estragos que sufría la iglesia de Oriente, la de Occidente gozaba de las ventajas de la paz baxo el prudente gobierno de Valentiniano. Este príncipe sinceramente adicto á la fe de Nicea era justo y moderado, al mismo tiempo que firme y severo; y prevenia con su prudencia las turbaciones, por no verse en la necesidad de reprimirlas con rigor. Coadyuvó al zelo de los obispos en las medidas que tomaron para extirpar el error, y abrió los ojos de aquellos á quienes habia seducido. Estuvo siempre atento al proceder de los arrianos, y los contuvo con su vigilancia, sin obligarlos á mudar de opinion ni perseguirlos; pues sabia que los pensamientos de los hombres son libres, y que en vano intentaria la autoridad civil dominar sobre las almas que no estan sometidas á sus leyes; pero sabia tambien que el espíritu de secta es un espíritu de inquietud y de faccion, que se agita, fermenta, se extiende, y causa presto los mayores desórdenes, si la mano del soberano no está incesantemente sobre la cabeza de aquellos que son animados de su espíritu para impedir que se muevan. Con esta conducta llena de prudencia y de moderacion, calmaban poco á poco los ánimos, y se iban haciendo capaces de gustar las razones que se oponian al error. Por otro lado los sínodos frecuentes y numerosos que se juntaban, ponian la verdad en toda su claridad, apartando las nubes con que tanto tiempo la habian cubierto el calor de las disputas y las recíprocas preocupaciones. La libertad, la decencia y la caridad que reynaban en estas juntas, alejaban las contiendas y el interes de partido; de que nacen comunmente la desconfianza y la tenacidad, que son los mayores obstáculos para la reunion de los ánimos, y para la paz. De este modo el arrianismo declinaba cada día mas y mas, y ya no se veían sino algunos pequeños restos, quando la pro-

videncia conduxo á Teodosio al trono imperial para gloria de la Iglesia y bien del mundo.

En todo lo que hemos dicho sobre la historia del arrianismo, la mas extendida y mas funesta de las heregias que se han levantado en todos tiempos, se ha debido observar que el decreto de fe establecido en Nicea, y obrado por la pluralidad de votos, ha sido siempre la brúxula de los Atanasios, de los Hilarios, y de los demas defensores del dogma católico. A este punto fijo é invariable remitian siempre á los enemigos de la consubstancialidad en el calor de las disputas; y así quando el error extendía sus ramas por todas partes, y amenazaba cubrir el universo católico, bastaba volver los ojos hácia esta luz para no descarriarse. De este mismo modo en todas las quëstiones que pueden agitarse sobre los diferentes objetos de la fe, qualquiera que sea el número de los partidarios del error, el esplendor de las virtudes con que se adornan, el peso de las autoridades que invocan, el prestigio de los argumentos en que se apoyan; la definicion de la Iglesia es la guia que no se debe perder jamas de vista. Esta regla, que es de todos los siglos, es tambien la única que el sofisma no puede obscurecer, y que el crédito no puede faltar. Quántos escándalos se hubieran ahorrado á la religion y á la sociedad, si los christianos hubiesen sido siempre tan prudentes que no se hubiesen apartado de ella!

ARTICULO VIII.

Sistema de los macedonianos, y de los apolinarios. Orígen, progresos y extincion de estas dos heregias.

Macedonio, á quien habian colocado los arrianos sobre la silla de Constantinopla, fué el autor de este sistema; cuya idea habia sacado en parte de los principios de Arrio, y en parte de los de los antiguos unitarios que habian precedido á este heresiarca. Enseñaba que el Espíritu Santo no es una tercera persona en Dios; porque, ó seria engendrado, lo que constituiria dos hijos, ó no engendrado, y esto haria admitir dos padres. Quería, pues, que el Espíritu Santo no fuese mas que una simple criatura, y para establecer esta doctrina se servia de los mismos textos, y de los mismos argumentos que empleaban los arrianos para im-

pugnar la divinidad del Verbo. Dentro de breve tiempo fué grande el número de sus discípulos, atraídos del exterior grave, de la seductiva eloquencia, de las austeras costumbres, y del tono persuasivo que se admiraba en el gefe de esta nueva secta. Constancio los apoyó con su autoridad, ó la desplegó contra ellos, segun fueron ó favorables ó contrarios á los arrianos, á los quales queria hacer dominante en la Iglesia, ó á los christianos, á los quales se esforzaba en someter ó destruir. Con costumbres irreprehensibles, y apariencias de hombre de bien, era Macedonio ambicioso, soberbio, zeloso de la dominacion y de la celebridad, cruel á sangre fria; se irritaba con la resistencia, y no se detenía en emprenderlo todo por hacer prevalecer y adoptar sus opiniones. Este carácter lo comunicó á sus partidarios, entre los quales se notaba una gran parte de monges, y de ahí provinieron las sediciones que suscitaron en Constantinopla, y en las otras ciudades donde eran numerosos. Mas de una vez se les vió excitar con las armas en la mano al pueblo, sublevarle contra los magistrados, animarle á la carnicería, y hacer volver atras á las tropas del imperio, que fué preciso emplear contra ellos. Aunque habian salido de los arrianos, no eran ménos enemigos suyos que de los católicos, si no lo eran mas; y por la aversion que les tenían, admitieron la consubstancialidad, y sostuvieron la divinidad de Jesu-christo, como un dogma claramente revelado por la Sagrada escritura. Su fe no por eso era mas pura y mas ortodoxa, pues dividian tambien á Dios á su modo, rehusando la adoracion á la tercera persona Divina; pero á lo ménos era una ventaja para la verdad, que una secta combatiése á otra, y que la Iglesia hallase defensores de un dogma esencial en aquellos mismos que con mas pertinacia se levantaban contra otro punto de su doctrina.

Los apolinaristas traian su nombre de Apolinario, obispo de Laodicea, que habia sido uno de los mas zelosos defensores de la consubstancialidad del Verbo contra los arrianos y semi-arrianos, á quienes habia combatido de viva voz y por escrito con toda la ventaja que dan los grandes talentos, quando se emplean en una buena causa. Pero pues el espíritu de sistema tan peligroso en materia de religion, le hizo caer en un error, que causó el infeliz efecto de aumentar la confusion de las ideas sobre la naturaleza y los atributos del Verbo hecho hombre, porque ocurrió en

un tiempo en que los arrianos por un lado, y los macedonios por otro, hacian uso de todo para embrollar las nociones y el language. Consistia el error de Apolinario en no conceder á Jesu-christo mas que una alma sensitiva, y no una alma inteligente y racional, suponiendo que el Verbo divino le hacia veces de ella, que era su razon, que producía todas sus acciones, y que obraba en él lo que el principio intelectual obra en los demas hombres. El origen de este error fué, como hemos ya notado en otros muchos, el deseo de aplicar los principios de la filosofia á los dogmas de la fe. Habia supuesto Pitágoras en el hombre dos almas, la una intelectual y pura, que producía los actos del entendimiento, la otra sensible y animal, que era el sugeto de las sensaciones y de las pasiones. Apolinario trasladó sus ideas á la teología, y compuso con ellas su sistema sobre la esencia y las propiedades del Verbo encarnado. Tenia este error demasiada sutileza y metafísica para hacer grandes progresos, y pedía para ser comprehendido entendimientos meditativos y aplicados; lo que fué causa de que en lo sucesivo se adoptase en parte, y baxo otra forma, por un gran número de monges llamados teopasitas, porque sostenian que la divinidad habia sufrido, que habia muerto, y que habia sido el sugeto de todos los accidentes que habia experimentado el cuerpo de Jesu-christo. Esta era una de las consecuencias que se sacaban del sistema de Apolinario, pero él no lo confesaba, como ni tampoco las otras, que no eran ménos contrarias á la escritura, y á la doctrina constantemente enseñada en la Iglesia.

San Atanasio fué uno de los primeros que se levantaron contra el error de los apolinaristas, el qual hizo condenar en un concilio celebrado en Alexandria el año de 362. Igualmente fué combatido por san Gregorio Nacienceno, por san Ambrosio, y por el papa Dámaso, que no se contentó con proscribirle en un concilio de Roma el año de 374, sino que anatematizó al mismo Apolinario, y le depuso.

No se puede dexar de convenir en que el apolinarismo es enteramente contrario á los principios de la fe, y por consiguiente un error justamente proscrito. Sin embargo, juzgando de su autor por la idea que los eclesiásticos mas juiciosos nos dan de él, seriamos tal vez injustos en pensar que haya tenido designio de atacar la verdad católica, y de

hacerse gefe de secta. »Apolinario, dice un sábio escritor »de nuestro siglo, ha sido generalmente mirado como el »primer hombre de su tiempo, por su saber, erudicion y »piedad. Debemos pues, añade, desconfiar mucho de nues- »tras propias luces, y tener mucha indulgencia con los »hombres que se engañan, supuesto que la ciencia, el in- »genio y la piedad no siempre libertan del error. « Refle- »xion muy propia para inspirar moderacion en los juicios, y »corregir la acrimonia de las censuras.

No fueron juzgados y condenados definitivamente los macedonianos y apolinaristas hasta en el concilio de Constantinopla del año 381, baxó el reynado de Teodosio el grande. Este príncipe que tenia todas las qualidades de grande hombre, y que fué el heroe de su siglo, como emperador y como christiano, deseaba con ardor restablecer la paz en la Iglesia con la reunion de los ánimos, si era posible, ó á lo ménos con una decision auténtica que pudiese servir de regla á los fieles sobre todos los puntos de doctrina, que las diferentes sectas se esforzaban á porfia en trastornar ú obscurecer. Con este designio digno de su piedad y de su zelo por la pureza de la fe, convocó á los obispos de Oriente para la nueva capital del imperio, adonde se dirigieron por el mes de Mayo, en número de ciento y cincuenta, entre los quales se contaba á san Gregorio Nacianceno, san Melecio de Antioquia, san Gregorio Niseno, san Pedro de Sebaste, san Anfiloco de Icoma, san Cirilo de Jerusalem, en fin, todos los mas sábios, mas ilustrados, y mas virtuosos prelados que tenia esta porcion de la Iglesia. Allí fué confirmado el símbolo Niceno, como la mas sagrada y auténtica exposicion de fe, de que nadie podia apartarse sin dexar de ser católico; pero al mismo tiempo para hacerle mas completo, y extenderle á las nuevas heregias que despues se habian levantado, como el macedonianismo, y el apolinarismo, se le añadieron algunas palabras tocante al misterio de la Encarnacion, y se explicó mas el artículo del Espíritu Santo, fixando con expresiones claras y precisas lo que se debe creer sobre la divinidad, carácter y operaciones de esta tercera persona de la Santísima Trinidad. Este concilio llegó á ser ecuménico por la accesion de la iglesia de Occidente, adquiriendo sus decretos de ese modo el carácter de leyes universales.

ARTICULO IX.

Estado del imperio y de la Iglesia desde la muerte de Valentiniano I. y de Valente hasta el fin de este siglo.

Los zelos del poder absoluto, el gusto de dominar, el ardor y la actividad que formaban parte del carácter de Valente, y que le hicieron autor de tantos males, quando los empleó contra los defensores de la verdad, contuvieron por algun tiempo á los bárbaros, y á los enemigos del estado en el deber, ó les hicieron volver á entrar en él, quando convirtió estas qualidades contra ellos; pero despues dexó á los godos empezar á romper las fronteras, y les cedió un establecimiento en la Tracia. Habiendo tomado las armas estos nuevos huespedes para extenderse, marchó Valente contra ellos, y fué derrotado en una batalla, cuya pérdida comparan los historiadores á la de la batalla de Cannas, de tanta mortandad para los romanos. Herido Valente en el combate se retiró á una cabaña, en la qual habiendo puesto fuego los soldados enemigos sin saber que estaba dentro, pereció consumido por las llamas. Tal fué el fin de este perseguidor de los católicos.

Valentiniano, que antes que faltar á su religion habia expuesto su fortuna y su vida en el reynado de Juliano, sostuvo este buen carácter despues de haber llegado al imperio; distinguiéndose durante la guerra por su valor é inteligencia en la profesion de las armas, y durante la paz por su amor á la justicia, y su inflexible severidad en castigar las vexaciones de los depositarios de su autoridad en todos los ramos de la administracion. Los alemanes, los moros y los quados fueron rechazados y batidos mas de una vez, tanto por él, como por sus generales, los quales sabia escoger, y aun mejor dirigir en el uso de sus talentos. Baxo su proteccion estuvo tranquila y floreciente la sociedad christiana, siendo monumentos de su sabiduría y de su piedad las leyes que hizo en favor de la Iglesia. ¡Feliz, si no hubiese deslucido tantas buenas prendas con arrebatamientos, cuyos accesos eran tan violentos, que le causaron la muerte, habiéndose roto una vena en uno de estos transportes de cólera de que se dexaba llevar!

Baxo Graciano, hijo y sucesor de Valentiniano I. fué